

A CABO de dar dos conferencias: una sobre la crisis de las organizaciones de apostolado seglar españolas, y la otra sobre el cometido que le corresponde a la Iglesia.

La primera la pronuncié en un marco histórico imponente: el del Monasterio de El Escorial. Y confieso, irreverentemente, que para nada me cohibió la severa figura de Felipe II que tanto recuerdan aquellos muros. Y a pesar de que el prior —deudor de la gravedad del hijo del Emperador Carlos V— antes de empezar me dio un consejo de moderación, haciendo un llamamiento al espíritu que alentó —¿o quitó la vida?— a aquellas salas.

Me escuchaban la conferencia primera lo mismo novicios que frailes, acostumbrados en buena parte a sus rutinarias maneras de pensar, aunque deseando muchos secretamente liberarse, así como personas progresivas, lo mismo jóvenes que maduras.

La segunda —y en esa sí estaba más cohibido— la pronuncié ante un auditorio compacto de dirigentes obreros y no de gentes diversas.

Los dirigentes católicos obreros que escucharon mi segunda intervención ya no eran como aquellos que conocí en tiempos de la República, que, en sus ratos libres, ayudaban a las damas de los Patronatos Obreros a organizar excursiones al Cerro de los Angeles; o escuchaban las aburridas peroratas de las señoras aburguesadas que —modestamente vestidas aquel día— intentaban predicar resignación y respeto a sus amos y señores; o que,

LA culpa no es nuestra si hoy se produce una real confusión entre los fieles católicos. El pecado —más o menos inconsciente— es de quien nos mantuvo mentalmente maniados, bajo una férrea disciplina eclesiástica, que hoy, gracias a Juan XXIII y a Pablo VI, está en vías de desaparición.

Me atrevería a decir —como un teólogo católico lo hizo recientemente—, que «es bueno que los laicos estén hoy con el ánimo confuso». Porque al menos así no tendremos más remedio que salir —por primera vez en estos últimos tiempos— de la situación de minoría de edad en que nos encontramos, a través del único camino de madurez: la reflexión personal realizada por nuestra propia conciencia. Y si lo hacemos, seremos fieles seguidores de los pensadores más tradicionales, porque «Dios nunca exige una obediencia ciega, resignada» (P. Haering); sino, como decía San Ignacio —y he repetido—, «la obediencia a la verdad conocida» es nuestro último criterio de conducta.

Esa es la causa de que empezemos ya a ser personalmente conscientes de la verdad adquirida por nuestra propia razón, y por nuestra propia experiencia religiosa, haciéndolas guía de nuestra vida. Pedimos que se supere la concepción medieval del servilismo total; ya no queremos, como los antiguos germanos, el servilismo absoluto a la nobleza —sea eclesiástica o civil— como critica el teólogo Haering, el consultor moral del Papa.

Dan Herr, el editor norteamericano de la revista católica «El Crítico», nos recuerda el cambio brusco e inesperado que supuso —en la marcha lenta y un poco herrumbrosa, sufrida en estos últimos decenios por la Iglesia— la llegada de Juan XXIII.

EL CATOLICISMO

para demostrar una religiosidad complaciente con sus protectores, se llenaban de escapularios en las procesiones, llevando estandartes y banderas religiosas. No: se trataba, por primera vez en nuestra historia católica, de verdaderos obreros; de líderes obreros de apostolado, que piensan —como Pío XI— que luchar por la justicia y la supresión de las irritantes desigualdades de nuestra sociedad no es caer —como algunos hipócritamente opinan— en el odio de clases.

Esos militantes, comprometidos en su mundo obrero, se sentían retratados como **Pueblo de Dios**, y no como cualquiera de las confusas imágenes que se usan en sermones y libros. Porque eso, y no otra cosa, es la Iglesia. Y en este «**Pueblo**» —como dice el jesuita P. Tucci—, lo más importante es lo común, y no lo específico: la dignidad de creyentes, más que la función de jefes o de clérigos.

Vibraban los obreros al recordarles cómo ha sufrido este pueblo fiel, de aquello que, el escéptico burgués que fue en el siglo XVI Montaigne, decía ser la norma de todo inteligente gobernante: «Es necesario —afirmaba el pensador francés— que el pueblo ignore muchas cosas verdaderas y que crea muchas que son falsas».

Este triste programa es el que algunas veces hemos vivido en nuestra Iglesia, y que hoy ya no estamos dispuestos a seguir viviendo.

Ya no queremos seguir siendo unos buenos oyentes, sino hombres y mujeres conscientes, activos y responsables de sus propias decisiones religiosas o profanas, como proclamó noblemente Pablo VI hace tres años dirigiéndose a la ciudad de Frascatti.

Ese hombre sin prejuicios, cuya visión ha vivido el Concilio Vaticano II, que ha sido la primera asamblea realista de obispos, celebrada últimamente. Un nuevo clima ha irrumpido en el catolicismo, a modo de deslumbrante **flash** de máquina fotográfica. De ahí que no sea extraño que, la mucha e inesperada luz, produzca confusión.

Empezamos ahora a darnos cuenta —a través de esta crisis— de tantas y tantas inconsecuencias en que vivíamos. El dicho de Montaigne, antes citado, parece haber sido la tónica de nuestra vida eclesial en los últimos siglos, y en estos recientes años, desgraciadamente, también.

ALGUNOS se escandalizan por esto. Pero habría que recordarles lo que acaba de decir un anciano monje que —con su calma y serenidad contemplativa— resulta testigo de excepción. «Yo sigo escribiendo y evolucionando —dice— a lo ancho, a lo profundo y a lo alto. En gran parte, gracias a los teólogos avanzados de nuestro tiempo. La Iglesia es rica hoy en una raza de **trágicos buscadores**, que están preparando un maravilloso futuro. Hay quienes se asustan al ver lo que está pasando... Pero si nos asustamos somos hombres de poca fe, y nos falta la osadía del espíritu».

Quien dice esto es el escritor y novelista Pieter van der Meer, de Walcheren, hoy benedictino; hombre de letras bien conocido hasta hace doce años, en que entró en la abadía benedictina de Oosterhout, en Holanda. Este anciano de ochenta y tres años confiesa —una vez apartado del mundo—: «Si me hice católico fue porque comprendí que Cristo era el gran revolucionario y no-conformista».

Eso que tanto nos cuesta aceptar a algunos en nuestro país, y más —a veces— cuanto mayor responsabilidad de dirección tenemos en la Iglesia, para vergüenza nuestra.

Podía cualquiera de nosotros —jerarca o dirigente de apostolado— haber dicho, poco antes de aprobar el Concilio la reforma litúrgica, lo que expresó ese obispo francés: «Si se introduce el francés en la liturgia, la Iglesia se entrega en manos del pueblo» así éramos de temerosos ante cualquier variación que diese personalidad al pueblo creyente. Estábamos, y estamos, a mucha distancia de pensar como el Papa actual que la Iglesia «llama a los hombres, los instruye, los fortifica, los moviliza, los hace participar en su misión salvadora, despierta en ellos la confianza en un mesianismo comunitario...; pero no por amor de conquista ni de poder, sino como una exigencia de amor a todos los vivientes». La Iglesia debía ser siempre un Pueblo que confía en el pueblo.

Desgraciadamente, hay en nuestra España demasiados católicos que oscilan entre ese «triumfalismo» de conquista —incluso con uso de la violencia—, y una Iglesia que es una sociedad de seguros contra los males de la presente vida (como, con dura palabra, critica Pablo VI). Pero somos ya muchos los que creemos que nuestra Iglesia española tiene que hacerse eco, generosamente y sin reticencias, de esa postura humilde y popular que el Papa quiere que tenga: «La Iglesia —acaba de señalar el Pontífice— conoce sus límites humanos, sus fallos, y sabe cuánto necesita de la misericordia de Dios y del perdón de los hombres». Tenemos necesidad —mucha necesidad— de «una Iglesia... que no oculta sus faltas, sino que las deplora... Una Iglesia humilde, no sólo en el pueblo creyente, sino, sobre todo, en los rangos más elevados de la Jerarquía...», que se da cuenta de la

P. Roberto Adolfs— que se impone un concepto más humano —y por tanto más cristiano— de la obediencia en la Iglesia. «Es obvio —señala este teólogo— que el seglar ofrece su obediencia a la Jerarquía...; pero éste es un aspecto de la relación **clero-laicos**. Porque también la Jerarquía, y los clérigos, deben obedecer a los laicos; y si esto produce asombro, es sólo porque se ha tenido un punto de vista muy parcial de lo que significa la **obediencia**, asimilándola a una sujeción de la voluntad. Pero obedecer supone un estado de receptividad para comprender las demandas, o retos de la otra parte; y esto es lo que quiero decir al afirmar que la Jerarquía debe obedecer a los seglares».

EN Irlanda se está manifestando una fuerte fiebre anticlerical. Y el director de la revista **Herder-Correspondence** (en su versión inglesa) se pregunta: «¿Estamos proclamando una especie de **laicismo**, en sustitución del clericalismo, que parece anacrónico ya?».

El arzobispo de Atlanta (U. S. A.) pide «diaconisas» para predicar, administrar el bautismo y dar la comunión. Y dos profesoras católicas alemanas propugnan: «un sacerdocio femenino», cuando «avanzados» teólogos católicos niegan toda posibilidad de «ordenar» a una mujer.

Un pastor protestante español amigo mío —J. A. Monroy—, en la revista que dirige, se asombraba de que, hasta hace bien poco, católicos igualmente representativos de la Iglesia propugnasen la libertad religiosa, y otros la combatieran a ultranza en nuestro país.

O EN CRISIS

Por ENRIQUE
MIRET
MAGDALENA

distancia que media entre la misión que Cristo les encargó y su debilidad e indignidad.

¿Qué supone, en cambio, el creerse —como yo he oído a alguno— que se es persona preeminente? Yo creo que eso es producto más bien de inconsciencia producida por el aislamiento de la realidad, que producto de una conciencia personal presuntuosa. Pero lo que sí sé es que ésa no es la postura que pide a todos el Papa.

EL «Día de los Católicos Alemanes» (Katholikentag) —esa importante reunión anual en Alemania de los seguidores de la Iglesia— ha podido resumirse en esta frase de «La Croix»: «El Concilio, signo de contradicción».

Contradicción aparente sólo, porque ya no queremos seguir siendo unos hombres religiosos que más que seres humanos parecemos «robots». Que solamente reproduzcan —como cintas magnetofónicas— lo que oyen al que manda. Nosotros somos quienes decimos que nadie en la Iglesia, por sí y ante sí, puede irrogarse, con su reflexión religiosa, exclusiva alguna de enseñanza, ni Santo Tomás entre los tradicionales, ni ahora Teilhard de Chardin entre los avanzados.

Como han dicho los graduados italianos de Acción Católica, reunidos en su XXVIII Congreso Nacional, aquellos que Montini impulsó y defendió siempre: «Deseamos ver de una vez que se levanten los obstáculos que existen, para poder realizar el deber de opinar en la Iglesia; obstáculos creados, en general, por persistir una mentalidad de tipo jurídico, al concebir lo que es la Iglesia». Y piden también que el episcopado no sea mantenido como una especie de función constantemente reivindicatoria, sino que se ejerza respetando en la Iglesia una responsabilidad común a laicos y clérigos.

Somos también quienes decimos —como el agustino holandés

Del mismo modo que el periódico **France Catholique** —de la Acción Católica General francesa—, o el teólogo carmelita padre Philippe de la Trinité, digan que no debe haber diálogo con los marxistas, y el jesuita Karl Rahner se ofrezca a prologar la edición alemana del libro del comunista Roger Garaudy, titulado «Del anatema al diálogo».

¿Qué es lo que se está produciendo en el catolicismo: una crisis o un cambio en la autoridad que ejerce de hecho la Iglesia?, se pregunta una sesuda revista católica alemana. Seamos sinceros y digamos, con el teólogo canadiense Gregory Baun: se produce un cambio, pero a través de una crisis. Porque sin crisis —y aparente confusión— no se hará la transformación que pide el Concilio, y la que anhelan millones de hombres bien-intencionados, que ya estaban desconfiando de la Iglesia por su afán desmedido de autodefensa y de poder.

Cuando obispos franceses —a pesar de su aparente suavidad—, instigados por la Curia romana, frenan los trabajos al excelente pensador y psicólogo Marc Oraison; cuando el consiliario de Pax Romana ataca al teólogo franciscano Steeman por hacer una crítica de las instituciones de la Iglesia, ¿no es hora ya de preguntarse alarmados, como el canónigo belga Houtart, si la institución jurídica no va a matar todavía —y a pesar del Concilio— la libertad de espíritu en la Iglesia?

No: si la Iglesia es Cristo, y no el boato ni las condenaciones —como hace seis siglos afirmó la perseguida Juana de Arco, y hoy repite Pablo VI—; porque esta crisis y estas tempestades servirán de purificación para acercarnos todos —superados nuestros prejuicios— más al Evangelio del amor, que tanto habíamos olvidado con nuestras orgullosas tradiciones humanas que llamábamos católicas, y eran bien poco auténticamente religiosas, en gran parte.